

En torno a la ciudad histórica. Reflexiones de un viajero

Joaquín Ibáñez Montoya

Dos cosas nunca se olvidan: el rostro de la madre y el de tu ciudad¹

Me resulta algo extraño hablar sobre la ciudad histórica como una adjetivación iberoamericana. No puedo dejar de pensar que supone una cierta contradicción; su construcción, singular, de nueva planta siempre tuvo, para mí, algo de ejercicio moderno. Su misma escala, por ejemplo, configuraba un marco evidente en este sentido desde California o Santa Fe hasta Valdivia o Buenos Aires. Quizá no sea, por tanto, tan lógico su planteamiento en términos puntuales como en geográficos. A esta realidad espacial se añade, ahora, una realidad contemporánea que dificulta todavía más un tratamiento semejante, bajo una visión unitaria, por razones obvias.

Centenares fueron de tal modo las ciudades proyectadas por España bajo una sistemática homogeneizadora; algunas desaparecieron pero fueron las menos. El mestizaje cultural producido con aquella implantación tuvo una fuerte raíz física en su origen y dibujó desde su origen un interesante y característico mapa de artificialidad. En su impulso fulgurante de fundación, en la primera centuria de presencia ibérica, fueron en torno a trescientos los enclaves que se consolidaron entre los paralelos 30° Norte y 35° Sur, cifras que se multiplicarían generosamente en las décadas posteriores. Brasilia no sería por tanto ciertamente una excepción sino parte de una regla americana; simplemente el capítulo final de un diálogo canónico.

En su expresión conceptual más precisa, estas colonizaciones concretan entre el siglo XVI y su tiempo de consolidación republicana, en torno al tercer decenio del Ochocientos, recurrente ensoñación de orden; se sobreimponen tres patrones culturales, español o portugués, europeo y norteamericano, que modelarán otras tantas ciudades diferenciadas, virreinal, republicana y contemporánea como expresiones de las distintas formas del poder. No existen prácticamente desplazamientos en Iberoamérica; a veces, en todo caso, un acento prehispánico que aflorará bajo la traza. Será un pro-

¹ *Nazim Hizem.*

yecto de estratos a los que la modernidad, de nuevo europea, volverá a añadir, en el siglo pasado, la fuerte presión que desembocará en la revolución metropolitana; Eiffel, Neutra, Melnikov, Horta, H. Meyer, Gropius, Hilberseimer, Breuer, Mies Van der Rohe... harán sentir la potencia de sus temas renovadores.

Es entonces, en los años cuarenta, cuando los efectos de la industrialización del urbanismo racionalista transformará la escala de aquellos espacios previos en «recintos internos» dentro del nuevo reparto de papeles atribuido por la metrópolis emergente. Inmersos en el nuevo concepto de la zonificación moderna, con sus usos especulativos secundarios y terciarios consecuentes, los barrios históricos verán reducida su función residencial a los grupos de menores recursos que no pueden huir. Se proyectarán renovaciones radicales sobre su caserío sustituyéndolo por ideologías de altura que fragmentan su compactación tradicional. Bien de cambio donde hubo bien de uso, la improvisación pública en la que tiene lugar todo este fenómeno en una sociedad de estructuras políticas débiles, con carencia de un planeamiento urbano capaz de enfrentar situaciones de esta envergadura, condiciona estos fragmentos históricos a ser meros reductos informales acogedores de las masivas inmigraciones urbanas. La ciudad preindustrial de entonces se subparcela en conventillos, vecindades o tugurios, contribuyendo al deterioro formal, social y ambiental que todavía persiste en sus consecuencias.

La figura de un Le Corbusier profético, idealista e «inocente», que ilumina con sus principios el centro de Bogotá disponiéndose a sustituirlo por opacos calidoscopios donde verificar las utopías totalizadoras sobre la ciudad de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM) resulta, cuanto menos, patética. Parece el suma y sigue del método de artificio ejercitado en esta porción del mundo desde su capítulo primigenio². Esta vez las «Siete Ciudades de Cibola» habrá que buscarlas en el centro de Europa y su mensaje profético será leído a través de revistas y congresos. Las propuestas sobre la capital de Colombia se contextualizarán en un continente recolonizado por la Ciudad de los Motores de Brasil, Chimbote en Perú, el Puerto Ordaz de J. L. Sert. Toda una muestra elocuente de ausencia que concibe la ciudad pensada a cero o, lo que es lo mismo, de un sentido de obsolescencia estructural en sus proyectos históricos.

Sin embargo, la ciudad si fue algo fue memoria, cultura³. Su resultado es un manifiesto de arqueologías complejas y heterogéneas, de recursos de

² *Le Corbusier. Manière de penser l'urbanisme y Propos de l'urbanisme, 1946.*

³ *De Terán, Fernando. Medio siglo de pensamiento sobre la ciudad. Discurso de R.A.B.A. S.F., 2002.*

asimetría diversa sometidos a tensiones sumamente diferentes. La ciudad en Iberoamérica es, esencialmente, historia. El largo tránsito del viajero Jeanneret, siempre presente por el continente extendiendo el «espíritu nuevo», fructificará sorprendentemente tras la Segunda Guerra Mundial, en el VIII Congreso del CIAM de 1950, con la revisión emotiva que recoge el texto de los arquitectos Rogers, Sert y Tyrwitt⁴. Desde entonces espacio histórico y metrópoli adquirirán no sólo carta de naturaleza sino identidades diferenciadas y complementarias. A partir de esta fecha, la creciente convergencia en la definición patrimonial del hecho urbano segregará las etapas históricas previas a la metrópolis, rompiendo con ello el frágil equilibrio que marginaba la pérdida de los valores que le dieron razón de ser. El soporte preexistente se convierte en un «lugar otro» en el que ya será muy difícil reconocer y reconocerse; en su política de identificación se requerirán directrices sectoriales de conservación, estrategias frente a la disociación nostálgica pseudohistórica inicial y su consiguiente disfunción.

Tras este anuncio de la crisis del «sesenta y ocho» se produce una revisión de criterios sobre una modernidad que eclosiona. La población del mundo acelera su proceso de urbanización imparable con un efecto especialmente importante en Iberoamérica. Jane Jacobs insiste, por entonces, en el retorno al espacio tradicional⁵ ¿al centro histórico? La intervención en los antiguos espacios se deberá concebir para tener sentido como una aplicación de políticas de conservación activas; sobre los espacios significativos de la ciudad se buscará un nuevo marco de desarrollo social. En paralelo, el «fracaso» del planeamiento dará paso a una escala fragmentaria atractiva en el «proyecto» moderno. Para algunos habrá llegado la muerte de la ciudad burguesa tras un siglo de evoluciones y, con ella, el final de lo histórico. Las nuevas tecnologías del tiempo postindustrial alterarán tiempo y distancia⁶, convierten en persuasión y máscara lo que en otro momento se pretendió encuentro y libertad.

Un discurso de contradicción y confusión en el que los centros históricos iberoamericanos configuran entonces el territorio antropizado como material turístico. Su paradigma geométrico, la «cuadrícula hispana», ya no es el escenario para el desarrollo de la vida colectiva sino el guión de un itinerario casi cinematográfico. Su cultura necesita un diálogo que tome su fundamento en una retórica definida y auténtica, en un relato que describa formas nuevas de leer las cosas, de verlas, que pretenda crear estructuras

⁴ Sert, José Luis. *El corazón de la ciudad*, 1952

⁵ Jacobs, Jane. *Muerte y vida en las grandes ciudades americanas*, 1961.

⁶ Castells, Manuel. *La edad de la información*, 1990.

sociales capaces de posibilitar desarrollo y renovación para proyectar en un territorio de ambigüedades y contaminaciones delicadas.

Plantear una estrategia de esta guisa supondrá dar por sentado que la propia estructura física de los recintos históricos es el resultado de una vida organizada, social. Materializar un modelo de participación en el que la acción sea un resultado sin pretensiones de perfeccionismo ni utopías previas, el concepto desagregado que se definió en el encuentro de Quito de 1977 como «un asentamiento humano vivo fundado en una estrategia física procedente del pasado y reconocible como representación de la evolución de un colectivo social».

Bajo este punto de vista ambivalente, el corte biográfico de lo urbano incorpora lo republicano a lo virreinal como producción material de la ciudad americana; más tarde será también el patrimonio industrial. Su proyecto asumirá las contradicciones de establecer distintas líneas de pensamiento sobre la metrópoli en una demanda clave para obtener un modelo ambiental más coherente con nuestro tiempo. Ante la violencia que suponen las viviendas tugurizadas de las áreas patrimoniales conviviendo con los centros de alta decisión política, comercial o bancaria, la huella de estos fragmentos requiere de un tratamiento específico. Se trata de averiguar, de descubrir, qué y cómo participa hoy la calificación «patrimonial» en el desarrollo y sostenibilidad urbanas. La ciudad de la memoria, siendo vista como un *collage* de piezas heterogéneas acarreadas por la historia, lo hace inserta en un plan amplio, en un «paisaje *collage*» de nuevo cuño. Ojalá que podamos llegar, algún día, a encontrarla como recordaba poéticamente Eupalinos de Megara, a la caída de la tarde, añorando desde lejos, la suya⁷.

En este ajuste de cuentas con los debates y dudas del siglo pasado, transcendentales sin duda para identificar el enunciado presente, parece necesario discriminar los instrumentos con los que pensar la «ciudad» desde una contemporaneidad ¿apropiada? Existen todavía numerosas miradas ausentes; demasiadas. La geografía construida por el hombre en estas tierras tiene excesivos compromisos con el llamado «primer mundo» entre sus residuos; los habitantes que viven en lo que fueron los espacios primarios asisten, mientras tanto, expectantes a lo que el nuevo milenio depara. Proyectar sobre esta geología arquitectónica no debiera ser nunca más un ejercicio de idealismo, de metafísica, sino algo vinculado a una práctica ética panhumana, un trabajo de crítica continuada, de apropiación participativa propia de unas sociedades cada vez más articuladas. Algunas experiencias

⁷ Valéry, Paul. Eupalinos o el arquitecto, 1991.